



¡CARACOLES!

Esta u otra exclamación picarecsa, admirativa, de asombro, pronunció interiormente el "limpia" callejero ante el espectáculo que se ofrecía a sus ojos, acostumbrados a otra clase de "pieses", como decía el chico.

Igual o parecida palabra de estupefacción murmuraron los dos bachilleres que por allí acertaron a pasar, en cuanto vieron aquel monumento, echado tan impunemente a las narices del limpiabotas, a quien creyeron los maliciosos un infelizote que no se daba cuenta del menjar que le había caído casi en la missísima boca.

Como el lector ve, los zangolotinos, que se pasaban de listos, se equivocaban. El sinvergüenzete del betón —basta fijarse en el descarado güinío que se le escapó— se daba cuenta exacta de la monstruosidad que se le entraba por los ojos. Tanto lo vió, que el muchacho se propuso resueltamente conquistar la nueva clienta.

Y se entregó con todo cariño a una labor finísima.

Hizo prodigios de ciencia profesional y gastó el doble del material necesario para una buena "limpia". De pronto la clienta se fijó en una preparación inusitada del chico y le preguntó:

—¿Para qué es esto, che?

—Voy a quitar esta mancha, señorita.

—¿Con qué?—insistió intrigada.

—Con jabón Reuter, señorita.

—¿Con qué?—exclamó asombrada.

—Con jabón Reuter; es lo mejor para quitar manchas, ¡Palabra!

La clienta no pudo oír cosa más agradable. Era su favorito. La mancha fué instantáneamente borrada, quedando la polaina inmaculada.

La señorita le soltó, al final, un peso y le dió, además, la dirección de su casa.

—¡Caracoles!—repitió el "limpia" triunfador—y recogió con cuidado de gratitud el pedazo de jabón Reuter, en su caja tirado, que había contribuido a alcanzar la nueva clienta, estupenda y generosa.